

# La pendiente reconciliación con las culturas de Sonora

## Entrevista con la doctora Raquel Padilla

Alma Olguín Vázquez\*

Las culturas del norte, a diferencia de las de Mesoamérica, han gozado de muy poca difusión. Si acaso han sido estereotipadas, y a pesar de estar ampliamente estudiadas poco se sabe de su diversidad etnográfica, supervivencia y desarrollo histórico y cultural.

Sobre el territorio sonorense, la doctora Raquel Padilla, profesora investigadora del Centro INAH Sonora con especialidad en indígenas del noroeste, nos ofrece un breve recorrido sobre la importancia de estas culturas. Según explica, en la región vive una gran variedad de grupos con características bien diferenciadas, aunque asegura que los más conocidos son los yaquis y los mayos: los primeros porque historiográficamente han sido los más trabajados y los segundos porque son los más numerosos.

La especialista recuerda que los grupos del norte de México se dividieron en sedentarios y nómadas, después tipificados entre indios misionales, que fueron los sedentarios que con mayor facilidad aceptaron la cristianización de los jesuitas, primero, y después de los franciscanos, y los indios no misionales o arrojados, nómadas y seminómadas a quienes les costó mucho trabajo acostumbrarse a las normas establecidas por las misiones, por lo que se mantuvieron al margen, e incluso muchos prefirieron huir hacia la montaña y las barrancas como lugares de refugio.

Señala que otro grupo muy importante fue el denominado ópata, que terminó por extinguirse como nación, aunque por fortuna, añade, con excepción de su lengua, muchas de sus costumbres prevalecen en la vida serrana de los sonorenses. Los habitantes de los pueblos de la sierra son herederos de aquel importante grupo étnico. Los seris,

por su parte, fueron un grupo nómada que vivió una gran batalla por conservar su forma de vida, su cultura y su territorio, no como lo entendemos en la actualidad, pues al ser nómadas tenían una concepción distinta. La suya ha sido una idea que defiende su forma de ser, su independencia y su autonomía étnica. Su larga carrera de resistencia, enfatiza Padilla, les ha dado importancia, pues aunque son habitantes de las costas, han huido a la sierra en distintas épocas, cuando fueron perseguidos por las autoridades virreinales y más tarde por las mexicanas.

Por otro lado, ubicados al sur de Sonora y el norte de Sinaloa se encuentran los mayos y los yaquis, entre el río Fuerte y el río Mayo, ya que los afluentes han sido muy importantes para estos grupos, tanto así que en la actualidad los yaquis mantienen una lucha por la defensa de sus aguas: "Se trata de un asunto delicado, ya que el gobierno del estado pretende acarrear agua de una de las presas que abastecen al río Yaqui, lo que afectaría el caudal río abajo, que es donde se encuentran los grupos indígenas, por lo que han mantenido una confrontación muy fuerte y prolongada", nos asegura.

Se puede decir que los yaquis siempre están en la lucha, afirma la también etnóloga, al recordar que durante el siglo XIX su resistencia fue una confrontación muy violenta y frontal entre ejércitos y después una guerra de guerrillas, aunque señala y reconoce que "en la actualidad existe una organización civil, militar y religiosa que les ha permitido continuar sus luchas por el camino de la negociación, además de que tienen una élite intelectual, conformada por un grupo de yaquis muy preparados que están aprendiendo a comprender el lenguaje de los blancos para dialogar y negociar con ellos".

\* Coordinación Nacional de Antropología, INAH.

Los yaquis y los mayos en los ríos, los seris en las costas, los ópatas en la sierra, los pimas altos en el desierto, de los cuales se desprenden los pápagos, un grupo seminómada acostumbrado a vivir entre carencias, mientras que en la sierra alta se encuentran los pimas bajos, un grupo en proceso de recuperación cultural gracias a la labor de algunos antropólogos, y sobre todo de un misionero franciscano que ya tiene muchos años con ellos, por lo que están recuperando su lengua, que se encontraba casi en extinción. Entretanto, en el sur de Sonora, en los límites con Chihuahua, hay otro grupo conocido como los guarijíos, parientes lejanos de los yaquis

La investigadora explica que cada grupo tiene distintas formas de autonombrarse, si bien significan casi lo mismo: “la gente”. Los seris se llaman a sí mismos *concáac*; los yaquis, *yo'emem*; los mayos, *yoremes* (“los que respetan la tradición”), y los pápagos, *tohono o'dham* (“gente del desierto”). La doctora Padilla aclara que de todos estos grupos, los más abandonados son los seris y los pápagos, quienes durante un tiempo fueron nómadas y en la actualidad viven en el desierto en situaciones precarias y en tierras muy lejanas, donde las instituciones encargadas de atender a los indígenas llegan con dificultad.

Por otro lado, los mayos y yaquis son agricultores y pescadores, lo cual no los exime de la pobreza: “Un gran problema que tienen ahora los yaquis es lo que le conocen como ‘rentismo’. Poseen tierras privilegiadas, las más fértiles de Sonora, pero ante la pobreza y la carestía en que viven, se han visto obligados a rentarlas a los *yoris* (blancos) y terminan siendo peones de sus propias tierras”.

También desmiente la creencia de que los yaquis hayan sido los consentidos de la Revolución: “Eso es una mentira, pues tienen problemas muy agudos de pobreza y marginación, de mortandad infantil, de alcoholismo y drogadicción”.

Situación peculiar fue la de los pápagos, que ocupaban un territorio entre los actuales estados de Sonora y Arizona y quedaron separados cuando se dividió el territorio, mientras que otro grupo también se escindió cuando, en el siglo XIX, se inició una gran migración de yaquis hacia territorio estadounidense a fin de mantenerse a salvo de las políticas de exterminio y deportación, recuerda la también historiadora.

Esto acarrió por necesidad diferencias entre los que están allá y los que permanecieron del lado mexicano: “Conozco bien a los yaquis que viven en la comunidad de Pascua, muy cerca de Tucson, Arizona, y ellos tienen, por ejemplo, un casino de los mejores que hay en el sur de

Estados Unidos. Está muy bien organizado y les deja buenas ganancias, las mismas que invierten en la comunidad. Entonces viven bastante bien, son trilingües (hablan su lengua, español e inglés), residen en reservaciones y ejercen una autonomía étnica en términos de justicia y religión”.

Sin embargo, aclara que éstos mantienen un contacto con los grupos indígenas asentados en los pueblos del río Yaqui, porque son sus parientes, se reconocen y tratan de ayudarse.

Respecto a los pápagos, explica que también tienen un casino más antiguo que el de los yaquis, y aunque menos exitoso también viven de él, en tanto que los grupos en Estados Unidos van al desierto, asisten a las fiestas y procuran tener contacto con sus parientes del lado mexicano: “Apoyan a sus parientes de Sonora. Por ejemplo, si algún joven quiere ir a estudiar una carrera a Arizona, lo ayudan, aunque cada vez tienen más problemas para cruzar la frontera por el papeleo y los trámites burocráticos, pero esa relación ha traído beneficios a los grupos mexicanos”, reconoce la especialista.

La autora del libro *Progreso y libertad. Los yaquis en la víspera de la repatriación* (2006) explica que, culturalmente, yaquis y mayos son parientes cercanos: “Viven culturas muy parecidas porque ambos fueron misionados por sacerdotes jesuitas más o menos durante la misma época; incluso algunos misioneros que estuvieron con los mayos después se fueron con los yaquis, por lo que podemos apreciar tradiciones muy similares”.

“Su lengua es muy parecida; tanto, que se entienden entre sí porque las variantes resultan muy tenues. Por ejemplo, mientras que en el danzante del venado el yaqui baila con el torso desnudo, el mayo lo hace con una camisa blanca”.

Explica que gracias a las investigaciones del lingüista y antropólogo del INAH José Luis Moctezuma Zamarros y sus estudios comparativos entre la lengua yaqui y la mayo, se sabe que la yaqui se encuentra en menos riesgo debido al desplazamiento que han sufrido ante el español: “Él ha puesto de relieve que la lengua mayo tiende a perderse, mientras que la yaqui se mantiene viva gracias a su apertura, que aunque parecería que la pone en riesgo, es lo que le ha permitido mantenerse vigente, de manera que se sigue hablando y se enseña a los niños. Aunque la mayoría ya son hablantes bilingües, todavía es posible encontrar yaquis monolingües y me consta”.

Señala que aunque un poco menos estudiada, pero con grandes aportaciones de Rodrigo Rentería y Felipe Mora, se sabe que hasta cierto punto los seris también han man-

tenido su lengua debido al abandono y la lejanía en la que viven. Las razones, de acuerdo con la doctora, es que en el caso de yaquis y mayos el gobierno federal ha encargado a miembros de la propia comunidad como promotores culturales, cuyo papel ha sido el de impulsar para seguir hablando su lengua, realizar las fiestas populares, religiosas y patronales, aunque asegura que los principales generadores de cultura han sido los propios indígenas, con o sin la participación gubernamental: “Es incluso una presencia todavía misional. En sus fiestas religiosas se despliega una ritualidad que proviene de los tiempos prehispánicos, con sus agregados de la época colonial. Es un despliegue ritual y maravilloso al que yo llamo las misiones vivas”.

Explica que lo anterior se debe a que, cuando los jesuitas fueron expulsados, los yaquis se quedaron muy abandonados en términos eclesiásticos, lo que los obligó a asumir las riendas de su religiosidad, y a su modo siguieron practicando cuanto habían aprendido: “De manera que si uno está interesado en saber cómo era la pastoral jesuita del siglo xviii, hay que ir al yaqui, porque ellos siguen haciendo sus celebraciones en latín, siguen danzando los matachines y los pazcolas, mezcla del pasado indígena y el tiempo de las misiones. Así mantienen sus misiones vivas, a través de la ritualidad”. Aclara que no es el caso de los seris, donde no hubo misioneros que dejaran huella. Ellos permanecieron con su cultura propia y autónoma hasta llegado el siglo xx, cuando fue aderezada con misiones protestantes que permitieron la intrusión de la cultura mal llamada occidental, es decir, “las influencias norteñas de los blancos y de los gringos, aunque sí se conserva el ritual religioso, pero se le ha agregado la feria, el baile, el tiro al blanco, entre muchos otros elementos”.

Otra tradición compartida, señala la etnóloga, es que todos estos grupos indígenas relacionan sus ciclos agrícolas con las fiestas patronales. Para ellos, dice, esas fiestas son muy importantes; por ejemplo, Semana Santa o las fiestas de san Juan, y reconoce que ése debe haber sido un trabajo muy minucioso de los misioneros: mezclar los ciclos agrícolas indígenas y relacionarlos con las fiestas patronales.

La especialista en cultura yaqui recuerda que una de las labores que puso en marcha el gobierno federal a partir de la segunda mitad del siglo xx consistió en formar maestros bilingües. Indujo a que salieran los propios indígenas, se prepararan y regresaran a impartir la instrucción escolar a sus comunidades; sin embargo, explica que al salir, regresaron con otra mentalidad, lo que creó conflictos, por lo que aquellos que se habían ido fueron rechazados por la comu-

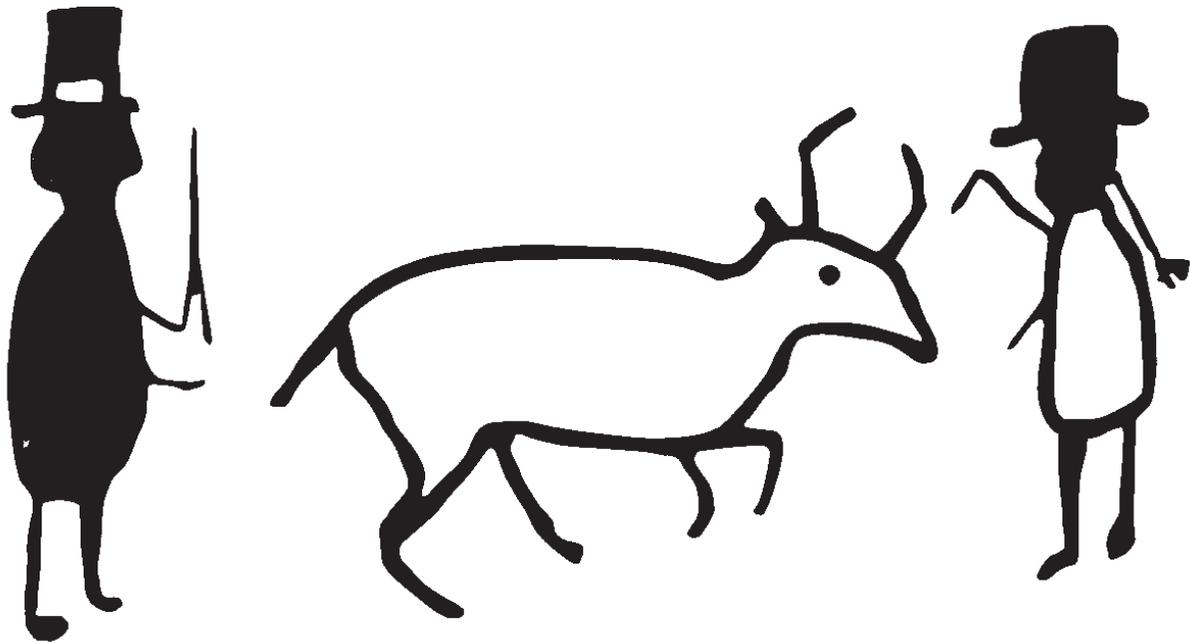
nidad: “Puedo decir que por parte del gobierno hubo un afán de dividirlos a través de estos maestros, aunque también hay que reconocer que no es nada nuevo, pues esos mismos grupos siempre han tenido una relación compleja. En ocasiones tienen sus diferencias y se confrontan entre sí a muerte, pero también saben en qué momento deben cerrar filas, sobre todo cuando viene un embate de fuera”.

Aunque en algún momento las figuras de los maestros bilingües llegaron a dividir a las comunidades yaquis, también destaca que esta situación ha cambiado y ahora ellos se han convertido en una élite intelectual de conocimiento, depositaria de la historia y su cultura. Explica que tienen un proyecto de nación para sí mismos, en el que ellos marcan las directrices de su desarrollo y su relación con los recursos naturales, así como de su relación interna y su vínculo con el Estado mexicano.

Por lo anterior, algunos yaquis y mayos han enviado a sus jóvenes a estudiar a las universidades estatales, donde se preparan como lingüistas, sociólogos, abogados, agrónomos y profesionistas en general. Pero a estos cuerpos técnicos les falta una figura: “He hablado mucho con ellos y les he sugerido que manden indígenas a prepararse como arqueólogos, porque ellos no permiten la excavación en su territorio debido a que es tierra sagrada. Por supuesto, esa tierra tiene mucho que decir y sería bueno que lo hicieran ellos mismos, si así lo desean, y si no tampoco están obligados. De seguro a ellos no les interesa conocer lo que nosotros estamos ansiosos por saber”.

Respecto a la guerra, la antropóloga señala que los ópatas tenían muchas características similares al pueblo yaqui y al mayo, pues fueron una nación eminentemente bélica, según lo registran las crónicas de los siglos xviii y xix: “La organización guerrera era algo muy importante porque estamos hablando de grupos que vivían en una zona de frontera, no como la franja que separa a dos países sino en términos historiográficos. Era un espacio en el que dos o más grupos estaban en permanente disputa y donde hubo momentos de relaciones armónicas y otros muy tirantes”.

Ese concepto de frontera se mantuvo hasta que el Estado mexicano prevaleció sobre los grupos indígenas, si bien durante la colonia siempre estuvieron en disputa, por lo que para estos grupos era muy importante ser buenos guerreros. Señala: “Las crónicas hablan, por ejemplo, de cómo se entrenaba a los niños, que desde pequeños eran preparados para soportar el dolor y las inclemencias, mientras que a las mujeres las enseñaban a ser embajadoras, emisarias de paz, pero también a reformar cartuchos y a alimentar e



hidratar a los guerreros. Ellas tuvieron un papel muy importante que iba más allá de ser simples soldaderas, pues además estaban a cargo de la educación de los hijos”.

Respecto a otros grupos como los seris y los pápagos, aunque reconoce que también eran levantiscos, su organización fue menos importante para la guerra. Para la también autora del volumen *Los irredentos parias. Los yaquis, Madero y Pino Suárez en las elecciones de Yucatán, 1911* (2012), la violencia en esa región es en la actualidad un problema muy serio, sobre todo para los indígenas de la sierra más alta, en tierras colindantes con Chihuahua, en particular los pimas bajos: “De repente llegan los sicarios y toman el pueblo. Hace como dos años sucedió: llegaron, mataron a personas, hubo pánico, y lo más curioso es que la gente realizó prácticas aprendidas hace cientos de años, como huir para refugiarse en la sierra. Pero no sólo es la violencia del narcotráfico, sino también la que se vive entre los mestizos y los indígenas, con quienes hay confrontaciones muy fuertes”.

Especialista en el tema del exterminio y deportación de los yaquis durante el porfiriato y la Revolución, la estudiosa reclama que las políticas indigenistas del gobierno mexicano no han funcionado, en particular con los yaquis, pues asegura que no han existido las condiciones adecuadas para una reconciliación: “El gobierno mexicano tiene un largo historial de agravios cometidos contra los yaquis.

Son de veras inenarrables la guerra de exterminio y deportación de que fueron víctimas. Han sufrido mucho”. Ante ello evoca lo sucedido en Australia en 2008 y recuerda que el Parlamento de ese país pidió perdón a los aborígenes, además de que se emitió un documento en reconocimiento de que hubo afanes de exterminio y políticas de remoción de grupos indígenas. Recuerda que Australia llevó a cabo una larga investigación, en la que participaron investigadores muy serios: antropólogos, historiadores, sociólogos, quienes demostraron tales agravios. Por lo tanto, considera que en México esto sería posible: “Ojalá que el gobierno mexicano considerara esa posibilidad. Aquí no batallaríamos en absoluto para demostrar que sí hubo atrocidades, en particular con los yaquis, aunque también con los mayos”.

Sin muchas esperanzas, concluye que esa reconciliación esta muy lejana. Como ejemplo, menciona la problemática actual de los yaquis en su lucha por defender sus derechos del agua.

#### Bibliografía

- Padilla Ramos, Raquel, *Progreso y libertad. Los yaquis en la víspera de la repatriación*, Hermosillo, Instituto Sonorense de Cultura, 2006.
- , *Los yaquis, Madero y Pino Suárez en las elecciones de Yucatán, 1911*, México, INAH, 2012.